

CRÓNICA DE UN VIAJE, A PIE, POR LAS ALPUJARRAS GRANADINAS Y ALMERIENSES

(Por el GR 142)



MANUEL ROJAS ESCRIBANO

Con todo mi afecto y agradecimiento a Miguel, Pepe e Indi, amigos y compañeros de ruta.

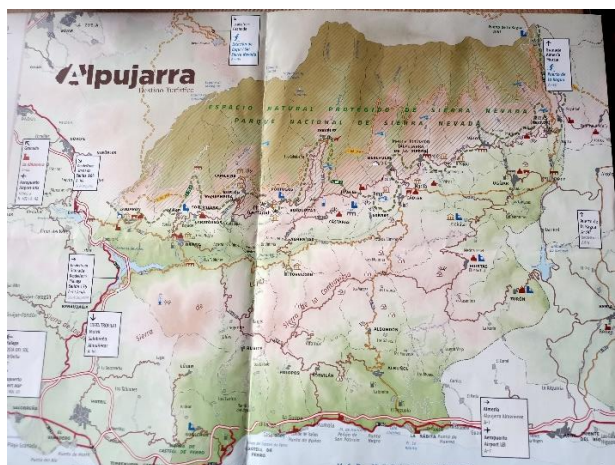


Todo comenzó hace varios años cuando un día, trasteando en la página web de la Federación Andaluza de Montaña, encontré un sendero que me llamó la atención, el sendero GR142, “Sendero de la Alpujarra”, homologado en 2014. Este sendero recorría toda la alpujarra granadina y almeriense, desde Lanjarón hasta Fiñana pasando por numerosas localidades, muchas de ellas totalmente desconocidas para mí.

Se lo comenté a Indi, que me dijo “se puede estudiar”, “lo vemos” le contesté. Estaba claro que ya estaba decidido, haríamos el sendero GR142.

Pasó el tiempo y no fue hasta este pasado septiembre que retomamos el tema. Lo haríamos del 4 al 11 de noviembre de 2023.

Nos pusimos en marcha para prepararlo todo. Sacamos tracs, mapas y guía del sendero y empezamos a organizarlo.



Aunque en un principio la ruta la pensábamos hacer Indi y yo, Pepe al que le comentamos el proyecto, se pidió los días en el trabajo y con Miguel, al que se lo dijo Pepe, se sumaron a la aventura. Ya éramos cuatro.

El GR142 estaba dividido en 13 etapas. Demasiados días, así que lo reestructuramos dejándolo en 8 y tratando de terminar cada una en algún pueblo donde hubiera posibilidad de alojamiento. Aunque en principio pensamos en hacer vivac, cambiamos de idea; pernoctar en pueblos tiene sus ventajas, poder ducharte y cambiarte de ropa al terminar la jornada, ¿posibilidad de cenar en algún bar?, mochila más ligera al no tener que llevar funda vivac, saco, esterilla... y, más oportunidades de conocer mejor los pueblos en los que durmiésemos y tener mayor contacto con los habitantes.

El ir en coche quedó descartado desde el principio. Recurrimos al transporte público, de Córdoba a Lanjarón había autobuses y de Fiñana se podía volver en un tren que pasaba por su estación con destino a Granada a las 7:18h y de allí volver a Córdoba en autobús.

Tocaba reservar los alojamientos. Todo un día tirando de ordenador y teléfono, y vistas las posibilidades, reservamos a través de Booking en Órgiva, Busquístar, Laujar de Andarax y Ohanes.

En Ferreirola no pudimos, así que decidimos alargar la segunda etapa para terminarla en Busquístar, donde encontramos un apartamento.

En Darrical, días antes no se encontraba nada; llegamos incluso a llamar al ayuntamiento de Alcolea, del que es pedanía, solo para que nos confirmaran que no había posibilidad de alojamiento alguno en Darrical, ni en Alcolea y otras pedanías cercanas. Ya estábamos resignados a tener que cargar con los “arreos” de vivac, aunque fuera solo para esa noche cuando descubrimos que sí había un sitio la “Casa de huéspedes Villa Salcedo”. Llamé y Mati, la dueña nos confirmó que podría alojarnos a los cuatro. ¡Solucionado!, o eso creía.

El siguiente inconveniente estuvo en Fiñana. Indi llamó a varios lugares sin resultado, hasta que le dieron el teléfono de la “rumana”, que llevaba el Hostal-restaurante Xiquena, a dos kilómetros del pueblo y ¡a cuatro kilómetros, y medio de la estación!, ¡y el tren salía a las 7:18h! Reservamos allí la noche del viernes 10 para poder volver el sábado, lo que significaba que tendríamos que hacer las dos últimas etapas en solo un día, el viernes.

En Lobras, el último lugar pendiente de alquilar, nos encontramos con el problema de que el único alojamiento posible el “Huerto de Lobras” solo admitía reservas por internet y únicamente para períodos de ¡dos o más días! Al no poder hacer la reserva, llamé y Ana, la dueña, se reiteró en que no

alquilaban para solo una noche. Le hablé de lo que íbamos a hacer, que iríamos a pie, recorriendo toda la alpujarra, que ya teníamos alojamiento para todos los días excepto en Lobras y que, si no podíamos dormir en Lobras no había ningún sitio próximo para sustituirlo... Parece que lo que le contaba despertó su interés ya que preguntó por el recorrido, los días que estaríamos por la alpujarra...Entonces ocurrió el milagro: “Espera, voy a consultarlo con mi hijo”, me dijo. Dejó el teléfono y oí como hablaba con su hijo, aunque no pude escuchar lo que decían. Cuando volvió a coger el teléfono fue para decirme que, aunque no solían hacerlo, nos alojarían solo para la noche del lunes. ¡Por fin teníamos reserva para dormir en todos los finales de etapa!

Y llegó el deseado día. El sábado 4 de noviembre, Indi y yo cogimos el autobús de Córdoba a Granada a las 8:30h, con tiempo de desayunar en Granada y tomar el autobús que nos llevaría a Lanjarón, inicio de la ruta.

A Miguel le había surgido un contratiempo. De forma ineludible tenía que estar en Córdoba el lunes, pero como no quería perderse esta aventura, pensó la forma de hacer el máximo de ruta posible. Así, él y Pepe, se fueron el viernes en coche hasta Busquístar, donde llegaríamos el domingo y, en un taxi, se volvieron a Lanjarón donde durmieron el viernes, con la suerte de encontrar el pueblo

celebrando la “Fiesta de la Castaña”, en la que entre otras actividades se reparten gratuitamente gachas y castañas asadas entre los asistentes.

El sábado a mediodía nos encontramos los cuatro en el Restaurante Asador El Carbón, a la salida de Lanjarón, donde almorzamos. Las tapas, callos y chuletas de cordero segureño, buenísimo todo y a precio razonable; pensando en la caminata y subida que nos esperaba no nos atrevimos con el entrecot y chuletones de ternera que nos enseñó y recomendó el dueño y que con pena dejamos para mejor ocasión.

Comenzamos pues, después del almuerzo, el camino de Lanjarón a Órgiva. Unos siete kilómetros, primero por un carril cementado, el “Camino de la Sierra” que más adelante se convirtió en una vereda empedrada que subía a la Ermita del Tajo de la Cruz, desde la que tuvimos unas bonitas vistas de Lanjarón.

Un fuerte viento con ráfagas que si te cogían desprevenido podían tumbarte nos acompañaría hasta Órgiva.

La ermita y la gran cruz enclavada frente a su portada datan de finales del siglo XVIII y se hicieron para proteger al pueblo de las brujas, que se decía frecuentaban aquellos parajes y celebraban allí sus aquelarres. Nosotros, la verdad, no vimos bruja alguna, ¿habrían cancelado sus vuelos con escoba por el vendaval que soplaba?

Llegamos a un collado, desde el que se divisaba más arriba Soportújar, y comenzamos una bajada cada vez más brusca hacia Órgiva, ya visible abajo, que nos obligó a extremar la precaución, por la fuerte pendiente y el suelo arenoso y con fina gravilla, que te hacía resbalar al menor descuido.



Tras cruzar por la carretera el río Chico nos adentramos en el pueblo.

Nuestro alojamiento, el Hotel Mirasol, estaba a la entrada y cerca del centro urbano. La dueña nos confirmó lo que Pepe ya había investigado, que para cenar el único sitio abierto era el restaurante El Limonero, justo al lado del hotel.

Nos duchamos y salimos a pasear por la “Capital de la Alpujarra”, lo que aprovechamos para comprar en el Covirán para los días siguientes y buscar dónde desayunar. ¡En todos los bares que preguntamos o no abrían el domingo o lo hacían tarde! Cuando ya pensábamos que no encontraríamos ningún sitio, al pasar por una confitería, junto a la iglesia, que estaba cerrando, el dueño nos aseguró que abría a las 8:00.

A las ocho en punto del domingo, con la mochila preparada, estábamos en la puerta, que el dueño, puntualmente estaba abriendo. Desayuno con tostadas y dulces y a andar.

El recorrido de este segundo día, domingo 5 de noviembre, largo y con bastante desnivel, nos sorprendería muy gratamente.

Salimos de Órgiva por un camino asfaltado que seguimos unos cuatro kilómetros y que discurría por la margen derecha de la ancha rambla del Guadalfeo. Un agradable paseo que nos descubrió la fertilidad de este ancho valle, en una sucesión de cortijos con flores, acequias y frutales.



Cuando el camino se hizo terrizo, lo abandonamos por una vereda que subía entre frondosa vegetación, y más arriba entre sotobosque y matorrales, hasta el Cortijo de Cuatro Vientos, lugar de gran encanto. Las vistas de la amplia rambla del Guadalfeo, con la Contraviesa al fondo y del profundo barranco por el que se le une el río Trevélez, hacen de este un lugar mágico.

Seguimos por una pista que bajaba por la margen derecha del río Trevélez entre cortijos con olivos, almendros, granados, naranjos y hasta un pistacho solitario, para cruzarlo por un puente (plancha de hormigón sobre dos soportes) y volver, por la otra margen, hasta casi donde se unen los dos ríos. A medida que avanzábamos la pista pasó a ser camino cada vez en peor estado.

Por la información que teníamos, Indi y yo pensamos que por esta zona debía estar el cortijo de “Entre limones”. Hablando de ello nos cruzamos con una mujer que, al saludarla, nos contestó en inglés. ¡Y saltó la chispa! Inmediatamente, Indi le preguntó si sabía si por allí estaba el cortijo del escritor inglés, autor del libro. ¡No solo lo conocía, sino que resultó ser su mujer! Y el cortijo donde vivían era el que veíamos poco más adelante. Así fue como conocimos a Chris Stewart, batería, en sus primeros tiempos del grupo inglés Génesis y que, hace treinta y cinco años llegó a la alpujarra, donde vive desde entonces.



Chris nos contó que, animado por sus amigos, se decidió a contar su llegada a esta tierra, la compra del cortijo y todas las anécdotas de su adaptación a

este duro medio, en el libro “Entre limones”, que tuvo muy buena acogida.

En este libro, como en un segundo titulado “El loro en el limonero” y otros tres más que publicaría más adelante, cuenta su “experiencia alpujarreña”.

Nosotros conocíamos los dos primeros y hay que decir que su lectura resulta muy amena y divertida y rebosa optimismo y buen humor.

Lo que pensamos iba a ser un saludo derivó en una interesante charla. Cristóbal (Chris) es una persona irremediablemente optimista, aun siendo perfectamente consciente del mundo que nos rodea, con gran sentido del humor, cercano y con una gran empatía. Un personaje digno de conocer. Me quedo con dos frases suyas: “en 35 años aquí, y a pesar de las dificultades, no me he arrepentido ni un solo día de la decisión de quedarme” y, “me habéis alegrado el día”; lo mismo podíamos decir nosotros.

Continuamos por un camino serpenteante, que salvaba un gran desnivel, entre cultivos de almendros, muchos abandonados, algunas encinas y, en la parte más alta, pinos y enebros. En lo alto, vistas inmejorables. En el horizonte asoman los picos nevados del Mulhacén y la Alcazaba. Debajo nuestra, un impresionante barranco por el que circula el río Trevélez. Enfrente un mosaico de pueblos, como colgados en la ladera de la montaña: Mecina Fondales, Ferreirola, Prites, Atalbéitar y Pórtugos.



La espectacular bajada hacia el río se hace por una bella “escarihuela” (bajada en zig-zag) que se abre camino entre las rocas y vegetación de estas paredes casi verticales.

Comimos a mitad de la escarihuela. ¿Dónde encontraríamos un restaurante con semejantes vistas?



Cruzamos el río Trevéz por un puente de piedra para tomar un sendero que entre huertos, acequias, sauces, granados, castaños y acacias,

va recorriendo estos bellos pueblos, que conservan toda su esencia alpujarreña: casas blancas con techos de “launa”, estrechas callejuelas

escalonadas adaptadas a la topografía del terreno, “tinaos” (pasarelas que comunican casas por sus pisos superiores), fachadas y balcones llenos de flores, fuentes, lavaderos...



Siguiendo ancestrales caminos visitamos Fondales, Ferreirola, y Busquístar, final de la etapa de hoy, no sin antes pasar, a unos dos kilómetros de Ferreirola, por la fuente “La Gaseosa” que nos regala su agua con “gas” natural. De la fuente

mana agua carbonatada, como pudimos comprobar al beberla. Su contenido gaseoso pudo experimentarlo bien Miguel que llenó una botella y al abrirla, unas horas más tarde, expulsó con fuerza casi explosiva los gases.

Llegados a Busquístar subimos las empinadas calles buscando el “Bar Paco”, el único del pueblo. Nos atendió Rocío, la hija de este bar familiar que regentan sus padres y ella turnándose para atender los pocos parroquianos que acuden. Le preguntamos a qué hora cerraban y si podríamos

cenar allí, a lo que nos contestó que no había horario fijo, dependía de si acudían clientes o no, pero si íbamos a volver a cenar nos esperarían. Después de tomar una cerveza, Miguel se volvió en su coche a Córdoba y Pepe, Indi y yo nos bajamos en busca de nuestro alojamiento.

Tuve que llamar para que nos dieran indicaciones para encontrarlo y el código del cajetín donde recoger la llave. Cuando lo localizamos, tras probar innumerables veces el código, no conseguimos abrir el cajetín. Por suerte aparecieron los dueños que a la primera sacaron la llave; ¡después de marcar los números había que pulsar un resorte que no habíamos visto!

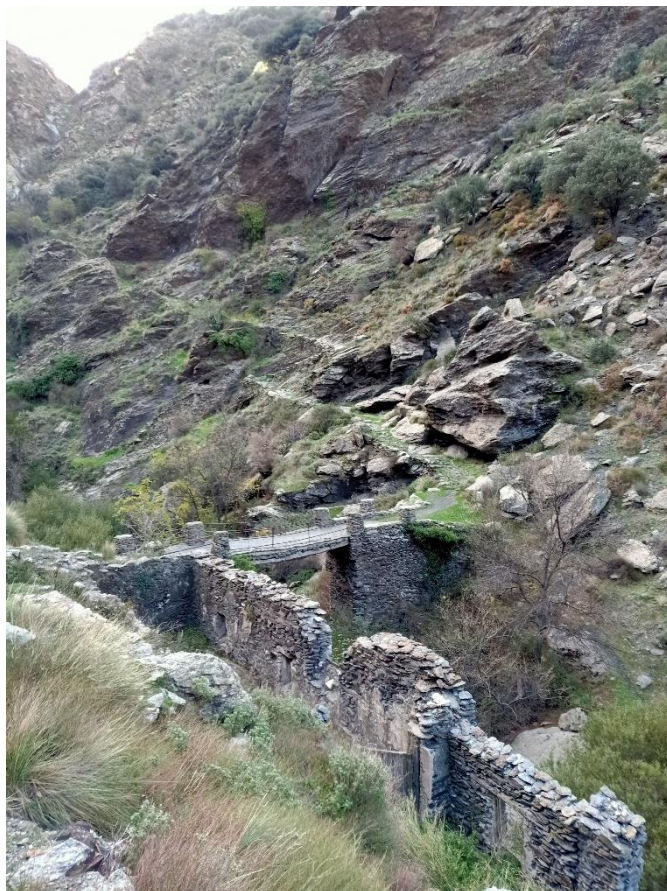
El apartamento, muy bien equipado y amplio, con un gran salón con chimenea, cocina muy completa, tres habitaciones... tenía capacidad para nueve personas.

Duchados y cambiados de ropa volvimos al bar, donde cenamos muy bien y a buen precio. Tenía razón Rocío que nos había dicho que su madre era una excelente cocinera. Todo lo que pedimos estaba muy bueno y los postres caseros exquisitos; especialmente las natillas, deliciosas, suaves y ligeras, con aromas a limón, canela y anís. Tanto es así que Pepe, que como es sabido es “poco goloso”, después de dar cuenta de su postre se zampó dos cuencos de natillas.

Al terminar la cena se acercó Rocío a ver cómo había ido y la pregunta de Indi sobre la vida de los jóvenes en el pueblo derivó en charla. Nos contó que aunque eran pocos, todos, incluidos los de otros pueblos, se conocían. Que tenían sus lugares donde encontrarse y con frecuencia los de un pueblo se desplazaban a otro, la mayor parte de las veces a Pórtugos, a cuatro kilómetros de allí, o a Trevélez, donde había más ambiente.

Muchos se marchaban del pueblo, a estudiar a Granada o trabajar fuera, pero otros optaban por quedarse, en cuyo caso sus posibilidades de trabajo eran el campo o la construcción. Ella, que había estado años viviendo en Granada, mientras estudiaba, prefería vivir en el pueblo y mientras pudiera se quedaría, aunque sabía que tendría que salir; y es que estaba preparando unas oposiciones de “controlador de personas” en puertos y aeropuertos.

Al día siguiente, lunes 6 de noviembre, salimos de Busquístar por un sendero que en una rápida bajada nos llevó al río Trevélez, que cruzamos por un bello puente de piedra con las ruinas de un antiguo molino adosadas y que daba paso a una escahuela al otro lado.



La escarihuella subía la empinada ladera entre rocas, encinas, jaras y almeces hasta el Cerro del Conjuero, con restos de las instalaciones que transportaban el mineral de las minas del Conjuero hasta la estación de Rules.

Salimos a un cruce de carreteras. A la derecha hacia Almojijar y Torvzcón. A la izquierda Trevélez. Y al frente Cástaras.

Tomamos dirección Cástaras donde, a unos 300 metros debíamos dejar la carretera y seguir la vereda hasta Notáez. No encontramos la vereda; probablemente desaparecida, engullida por la vegetación. Avanzando, entre espesos matorrales con bastante dificultad, por donde se supone iba el camino, encontramos más abajo pequeños tramos donde eran visibles, aunque muy deterioradas, señales del GR y trozos de sendero más o menos marcados, que volvían a desaparecer.

Después de varios intentos de retomar el sendero y sin saber si sería transitable, optamos por bajarnos a un camino que vimos más abajo y que, consultando el GPS y el mapa, vimos se dirigía a Notáez.

El camino pasaba por encima del pueblo para girar más adelante, pasado éste y llegar a él por la carretera que allí finaliza.

Para no dar todo ese rodeo, bajamos directamente por la ladera, entre cultivos de almendros, olivos y huertas, tratando de sortear las numerosas vallas y alambradas.

Entonces oímos una fuerte voz: “¡Por ahí no!”. “¿Por dónde entonces?”, contestamos. “¡Venid pacá!”.

Subimos hasta donde se encontraba el aldeano que nos comentó que todas las vallas y alambradas las ponían para evitar que los jabalíes entrasen a los

sembrados; “los marranos se comen y destrozan todo”.

El hombre, muy amable, nos abrió una portezuela de su huerto y nos señaló el camino que habíamos de seguir para llegar al pueblo.

Él y su mujer estaban recogiendo habichuelas en el huerto cuando la mujer nos vio y le dijo: “mira, por ahí van andando unos extranjeros”. Entonces nos llamó.

Charlando con él nos enteramos de que, aunque llevaba casi toda su vida en Notáez, era natural de Lobras, a donde llegaríamos esa noche.

Al enterarse del recorrido que hacíamos su comentario fue: “pues sí que tenéis buenas piernas”. Expresión que, como si se hubieran puesto de acuerdo, oiríamos repetidamente, en días posteriores, en otros pueblos y otras bocas.

El hombre, de entre setenta u ochenta años, nos contó que había estado trabajando en Barcelona pero, en cuanto pudo, se volvió al pueblo. “Aunque para vivir aquí hay que trabajar mucho, con lo que sacamos del huerto y la pensión, sin lujos ni caprichos, nos la apañamos bien”. “Nos gusta nuestra vida aquí”. Y, por si no quedaba claro: “a mí no me sacan del pueblo a no ser que me quede sin piernas y no pueda subir al huerto”.

Nos despedimos de él y llegamos a Notáez entrando por la parte alta donde encontramos a un hombre al que le preguntamos si había algún bar o tienda,

más por entablar conversación que por informarnos; ya sabíamos que no.

“Lo que sí podéis comprar es pan. El panadero llega en diez o quince minutos”.

Nos informó de que, el panadero, llegaba con su coche a una pequeña plaza, con algunos bancos, en la parte baja del pueblo y que no subía porque las estrechas callejuelas no permitían el paso de coches. Su llegada la anunciaba haciendo sonar el claxon.

Genial, pues aunque en Busquístar tuvimos la precaución de comprar lo necesario para los dos días siguientes, en los que no encontraríamos tienda, bar o lugar alguno donde abastecernos, ¡se nos había olvidado el pan!

Llegamos a la placita donde, la casi totalidad del pueblo, como una docena de personas, en su mayoría mayores, esperaban al panadero.

Nos incorporamos al grupo, en el que nadie parecía tener prisa. Incluso después de la llegada del pan y de haberlo comprado la mayoría siguió de charla con sus vecinos.

“María no ha venido, ¿quién le lleva su pan?”, preguntó el panadero. “Ya se lo llevo yo”, contestó un hombre. “Ayer no se encontraba bien”. “Anda mal de las piernas. No podrá andar”. “Me paso, le dejo el pan y veo como sigue”.

Entrañable escena. Es evidente que la compra del pan, para estas personas, es más que eso. Supone

un lugar y tiempo de encuentro y socialización, que mantiene vivas las relaciones vecinales.

Comprado el pan, dos barras y un pan redondo, además de un enorme bizcocho, que compró Pepe y que nos duraría varios días, nos despedimos y emprendimos nuestra marcha.

La salida de Notáez se nos complicó. Sin señales del GR, ni camino visible y por una ladera aterrazada, sembrada de olivos, no encontramos de nuevo el sendero hasta que no subimos a lo alto de la loma, de bancal en bancal.

Allí sí encontramos de nuevo el sendero, señalizado y transitable, que seguimos hasta desembocar en una pista. Debajo un frondoso valle arbolado, con huertos y una acequia, y enfrente, al otro lado, Cástaras.

El camino que debíamos tomar atravesaba el valle hasta el pueblo y aunque lo veíamos debajo, la fuerte pendiente y la densa vegetación impedía el acceso, pese a que el tracs y el mapa indicaban que cruzando la pista se llegaba a él. Decidimos seguir la pista hasta la carretera y entrar por ella.

Llegando a Cástaras, mirando atrás, vimos que el sendero que enlazaba la pista con el camino no estaba al cruzar la pista, sino que, había que retroceder por ella unos trescientos metros para tomarlo.

Tras recorrer el pueblo paramos en una coqueta plaza con una fuente en el centro y unos poyetes cerrando una de sus esquinas para separarla de las

calles alledañas en pendiente y a nivel más bajo. Me acerqué a beber a la fuente, cosa nada fácil; tuve que subirme a su brocal, a riesgo de caer dentro, para alcanzar uno de los chorros. Al momento un hombre se acercó y bebió de la fuente sin dificultad alguna, subido a un escalón que había al otro lado y que ¡yo no había visto!

Nos sentamos en los poyetes a comer, rodeados por seis o siete gatos que acudieron dispuestos a comerse cualquier trocito de comida que se nos cayese o le diéramos. Indi les dejó la lata de su ensalada, que lamieron hasta dejarla impoluta, tal como si acabase de salir del lavavajillas. Lame que te lame acabaron empujándola y la lata se precipitó hasta la calle contigua, rodando cuesta abajo. Por supuesto, la recogimos y dejamos en la papelera antes de irnos.

De Cástaras a Nieles, los aproximadamente dos kilómetros y medio que separaban ambas poblaciones, el GR seguía la carretera lo que nos dio cierto respiro, después de la accidentada jornada que llevábamos.

La carretera, en la que no nos cruzamos ni un solo coche, subía hasta un pequeño collado, hacia su mitad, pasando por las instalaciones en ruinas de antiguas minas. En el collado, por lo alto, cruza una tubería que no es otra cosa que la acequia de Cástaras, que nace por encima de Trevélez y cruza el valle del Guadalfeo ¡hasta la Contraviesa!

Próximo a Nieves encontramos una bonita fuente entre rocas y verdor propiciado por la humedad.

De Nieves, otro bello pueblecito alpujarreño, con estrechas callejuelas, fuentes y lavadero, salimos pasando por una gran era, que sirve de mirador y que, en un cobertizo anejo, conserva varias “aventadoras” (máquinas que se emplearon para separar el grano de la paja), probablemente de finales del siglo XIX o principios del XX.



En este tramo el GR142 baja entre el verde de la ladera, huertos y acequias, hasta el río Nieves y subir por un estrecho pero bien trazado sendero, por la loma opuesta. Hasta aquí coincide su trazado con al GR7, la “Ruta Medieval”, que sigue ancestrales caminos ya usados desde el medievo y la ruta circular de La Tahá, que une pueblos como Capileirilla, Prites, Mecina, Mecinilla,

Fondales, Ferreirola o Atalbéitar, cuyo conjunto conforma el municipio de La Tahá.

Toda esta zona impresiona por su verdor, abundancia de agua y la belleza de sus pueblos, muy próximos unos de otros y que conservan toda su esencia alpujarreña.

Tras subir la loma, nuestro GR gira pasando por una zona de cultivos de olivos y almendros muy bien cuidados, pertenecientes a antiguas cortijadas, alguna de grandes dimensiones y antigüedad, para bajar después a otro barranco y subir por una pista, en su último kilómetro de cemento, hasta Lobras, ya visible desde aquí.

A Lobras entramos por su parte baja encontrándonos con ¡un restaurante que parecía abierto! Poco duró la ilusión ¡no abre nada más que los fines de semana y no es que estuviera abierto, estaban de limpieza!

Recorriendo sus cuidadas callejas llegamos a la parte alta, donde estaba nuestro alojamiento “El Huerto de Lobras”. Nos recibió Ana, la dueña, que nos enseñó el coqueto y cuidado apartamento, decorado con gusto y muy buenas vistas, en el que dormiríamos.

Cuando nos dispusimos a cenar, morcilla y longaniza fritas y salchichón, todo casero, que compramos en Busquístar por recomendación de Rocío, en la “carnicería-Corvirán”, caímos en la cuenta de que no teníamos aceite. Ana, muy amable, nos dio una botella, además de un paquete de café, que también nos faltaba para el desayuno. Nos invitó, además, a coger las almendras que quisiéramos de

unos cestos, llenos de ellas, que había distribuidos por la escalera y entrada, lo que Pepe aprovechó para recargar la “bolsa” que siempre lleva a mano para llenar de cualquier fruto comestible que se encontrase por el camino. Desde luego, estaba disfrutando de esta ruta con la abundancia de almendros y granados en todo el camino.

A la hora de acostarse, yo en una habitación con cama de matrimonio y Pepe e Indi en sendos sofás cama en el salón, Indi no pudo abrir el suyo. ¡Las patas quedaban dobladas al desplegar la cama! Después de mirar y remirar el mecanismo y tirar de las patas, ¡nada, imposible de abrir! ¿No estaríamos haciéndolo bien? Bajé en busca de Ana pero, todas las luces del recinto estaban apagadas, seguramente ya estaría durmiendo. Indi encontró una solución: “apoyar el somier sobre una silla”, aunque las patas quedaron más altas que el cabecero, por lo que tuvo que darse la vuelta y dormir con la cabeza en los pies de la cama.

La siguiente jornada, martes 7 de noviembre, salimos de Lobras y tras pasar unas lomas y bajar a una rambla se nos planteó un dilema. Seguir por la rambla según indicaba el tracs y la guía del sendero o subir por otra loma, coincidiendo con el GR7 y por donde indicaban las señales del GR142 que habían cambiado de su lugar original.



Nos pareció más bonito ir por la rambla, pero al rato nos dimos la vuelta, ya que la cada vez más abundante vegetación, retamas, adelfas, cañas, zarzas y álamos complicaba enormemente el avance. Seguramente esta sería la razón de haber cambiado el recorrido.

Continuar por el GR7 tuvo sus ventajas. Se acortaban unos dos kilómetros a la larga ruta de hoy y las buenas vistas que este tramo nos brindó, de la rambla del Guadalfeo y los cerros de la Sierra de Gádor al otro lado.

Más adelante bajamos a la rambla, siguiendo por su margen derecha un camino entre una acequia y el río. Un agradable paseo por esta ribera, aunque con algunos invernaderos ilegales repartidos por su amplia vega.

Cruzamos el Guadalfeo por un puente de tablas inclinado. Uno de los troncos que soportaban el

entablado estaba partido, y aunque habían unido los dos tramos con unas placas de hierro, había quedado bastante más bajo que el otro, de ahí su inclinación.

Cruzamos, con precaución, y en la otra orilla retomamos el antiguo trazado de nuestro GR.

Una rambla más estrecha casi de la anchura del camino que transitaba por ella nos llevó a las proximidades de Cádiz. No subimos al pueblo, a unos dos kilómetros, que según nos dijo Ana, había perdido su identidad alpujarreña.

Por toda esta zona habían renovado las señales del GR142, que lucían nuevas. Seguramente a raíz de la celebración de algún evento deportivo; encontramos cintas de señalización con el texto "Diputación Provincial de Granada. Delegación de Deportes".



Más adelante entramos en una amplia rambla, cómoda de andar, con retamas, genistas, adelfas y sauzgatillos. Un lugar de gran encanto, especialmente cuando por su izquierda empezamos a encontrar paredes casi verticales, muy erosionadas por el agua y el viento, surcadas por numerosas cárcavas. ¿Quién diría que estábamos en la alpujarra? Más bien parecía estuviésemos en algún lugar de Marruecos.

Al dejar la rambla cogimos rápidamente altura subiendo a una loma con almendros. Un excelente mirador desde el que contemplar la cara sur de Sierra Nevada y los numerosos pueblos repartidos por sus laderas. Bien merecía una parada. Con ayuda de los mapas fuimos identificando las distintas localidades visibles desde allí: Lobras, Cádiar, Bérchules, Mecina-Bombarón, Yegen, Valor, Ugíjar, Laroles y Bayárcal (ya en Almería). Pudimos situar también el Puerto de la Ragua y el Chullo.



Llegamos a Jorairátar, un pueblo en evidente declive. Una gran iglesia en ruinas, numerosas casas abandonadas y calles vacías. Paramos a beber agua y en una cochera cercana oímos ruidos. Preguntamos al hombre que estaba en ella por los pueblos y picos que se veían, tanto por confirmar lo que ya habíamos identificado como por entablar conversación con él.

Nos comentó lo que era evidente, que la mayoría de los vecinos habían emigrado. Los que permanecían allí vivían del cultivo de olivos y almendros, y en algún caso de huertos o invernaderos situados en las márgenes del río, que cultivaban a riesgo de que las crecidas del río, cuando llueve, arrasen todo lo cultivado en su ribera.

Sin ir más lejos, las lluvias del pasado septiembre habían causado innumerables destrozos, no solo en la vega, sino también en bancales y caminos.

“Buenas piernas tenéis” comentó al saber la ruta que hacíamos. Era la tercera vez que nos dedicaban el mismo comentario. Ana, de Lobras, también dijo lo mismo.

A la salida de Jorairátar pasamos por el cementerio que, en contraste con el pueblo, relucía limpio y cuidado y con flores en todas las tumbas; evidencia de que los que se habían marchado, habían regresado por el Día de los Difuntos, para recordar y honrar a sus familiares enterrados en él.

Un sendero, después camino, en una rápida y corta bajada, nos llevó hasta el río Yátor, con algunos

huertos e invernaderos en la zona más próxima al pueblo.



Para nuestro deleite o castigo, según se mire, todo el resto de la jornada seguía su cauce hasta el mismo Darrical, final de etapa.

Nos gustó el cambio de paisaje pero, aunque llevaba poca agua y se podían sortear bien las zarzas, adelfas, retamas y sobre todo las abundantes cañas, cambiando de una a otra orilla y a veces alejándose de ella, había momentos en que avanzar resultaba

complicado. El espesor de los cañaverales, con frecuencia, impedía el paso.

En la ladera izquierda una cortijada “Los Montoros” y una pequeña barriada “Las Canteras”, próximas al río, pero que no visitamos. No quisimos perder más tiempo, sin saber lo que



tardaríamos en llegar a Darrical o si encontraríamos nuevas dificultades en el tramo que quedaba.

En las proximidades de Los Montoros empezamos a ver pequeños corazoncitos amarillos, poco más grandes que una moneda, pintados en el suelo, rocas o troncos. Observamos que la entrada por carretera a la cortijada estaba presidida por un gran corazón amarillo y, justo al llegar al cruce con un camino que salía de la rambla, en una piedra plana, más grande, otro corazón amarillo con la inscripción “Ruta de los corazoncitos”. Curiosa forma de señalar una ruta.

Más adelante los corazoncitos cambiaron de color. Ahora eran azules y señalizaban el camino hasta Las Canteras, como supimos por otra inscripción.

Otro curioso encuentro nos deparó este largo tramo por el río Yátor. Y es que, en un lugar dónde se estrechaba bastante, apenas lo justo para pasar, de pronto vimos avanzar, frente a nosotros, un nutrido

rebaño de cabras. Las cabras al vernos quedaron paralizadas, apiñadas e inmóviles, contemplándonos a una docena de metros y ocupando todo el espacio.



Apareció una mujer de poco más de treinta años que, junto a otra, de más o menos su misma edad, y apariencia extranjera, eran las cabreras del numeroso rebaño. Al pasar junto a nosotros nos dijo “no van a pasar, no están acostumbrás a ver gente”, “tienen miedo”. “¿Qué hacemos, intentamos apartarnos?”, le propusimos, aunque eso era bien complicado. “No, seguid andando”. “¿Entre las cabras?”. “Sí”.

Así que seguimos, cruzando por medio del rebaño. Las cabras asustadas, intentaban alejarse de nosotros, algo imposible, por la falta de espacio, se empujaban unas a otras, chocaban con nuestras piernas y, en cuanto las sobrepasábamos, corrían despavoridas alejándose para reunirse con la

cabrera, que se había adelantado y las llamaba a gritos:

“¡Quiá...!, ¡quíá...!

Un grupo de siete u ocho cabras, más rezagado, encontró un resquicio entre el cañaveral, huyendo monte arriba. El perrillo que las acompañaba las siguió, pero volvió enseguida a la llamada de la cabrera, “¡perrillo, ven!”.

Cuando nos alejamos, mirando atrás, vimos que las cabras que escaparon ladera arriba, volvían al río y corrían a reunirse con el resto del rebaño.

Por fin llegamos a Darrical, después de esta larga, intensa y variada jornada.

Nuestro alojamiento, la casa de huéspedes “Casa Salcedo”, lo localizamos junto a la iglesia. Llamamos y no había nadie, pero al momento apareció Mati, la dueña, que con una vecina venían de “subir la basura”.

Nos quitamos las botas, embarradas y pasamos. Mati nos enseñó la casa, restaurada sin alterar su esencia, con muebles y decoración rústica y multitud de detalles que denotaban muy buen gusto; una auténtica casa alpujarreña.

En la planta baja vivía ella y la primera planta era la dedicada a sus huéspedes: un salón, cinco habitaciones y un cuarto de baño. Un tramo de escalera daba acceso a un comedor y cocina, bien acondicionada y, de allí, varios escalones más llevaban a la terraza, aún sin terminar, con excelentes vistas y que no era otra cosa que el techo

de la planta inferior, algo común en las casas de la alpujarra.

Al poco apareció Miguel que volvía de Córdoba. Había dejado su coche en Laujar de Andarax y se vino a Darrical en un taxi.



Tras ducharnos, subimos al comedor e invitamos a Mati y a otra inquilina, que estaba con ella, una joven alemana, a una cerveza. Miguel las había traído de Córdoba, además de una botella de vino, empanada, tortilla y otros avíos para la cena y los días siguientes.

La alemana recibió una llamada de teléfono y se marchó. Mati nos comentó que era carpintera y que se había marchado de Alemania porque no le gustaba la vida que llevaba allí. Se vino para España “buscando su sitio” y, un día apareció por allí. Ella la acogió en su casa y le consiguió trabajo con el carpintero del pueblo, el único por la zona. De momento parecía satisfecha de su vida en Darrical, llevaba ya cinco meses con ella.

Mati, que no tuvo prisa, en una larga charla, preguntó sobre nosotros, nuestra procedencia, ocupaciones y la ruta y, a su vez nos contó sobre su vida.

Trabajaba de enfermera, en un puesto administrativo, en Adra, cuando llegó la pandemia que le afectó gravemente, hasta el punto de que casi caer en una depresión.

Cuando comenzaron a relajarse las restricciones pensó en venir unos días al pueblo, a casa de sus padres. Se vino y “lo que iban a ser unos días, se convirtió en semanas, meses y ya son cuatro los años que llevo aquí”. “No creo que vuelva a Adra, aunque tengo mi piso allí”.

Nos contó que al llegar, encontró la casa en bastante mal estado, y que al poco pensó en rehabilitarla.

¡Y lo había hecho, con sus propias manos! Para hacerlo había tenido que ir aprendiendo de todo, albañilería, electricidad, fontanería, carpintería, macramé y restauración de muebles, pero le había valido la pena. Solo había recurrido a otras personas cuando algo sobrepasaba sus capacidades o no podía hacerlo sola. Especialmente le habían sido de mucha ayuda los consejos de un familiar arquitecto, que la fue asesorando en lo que necesitaba. Estaba muy orgullosa de lo conseguido.

Para ella era un homenaje a su padre, ya fallecido. De ahí el nombre “Casa Salcedo”, y no es que se llamase así. Salcedo es un paraje cercano a Darrical, donde había nacido, al que tenía especial aprecio y que visitaba con frecuencia.

Mati nos contó que, en 1.969, los tres ríos, río Yátor, río de Nechite y río de Ugíjar, que confluyen en las proximidades del pueblo, para pasar a convertirse

en el Río Grande o Río de Adra, tuvieron una gran crecida simultánea que causó gravísimos daños en las localidades de la zona.

En Darrical y Lucainena no afectó a las viviendas, al estar ubicadas en cotas altas, pero destruyó los campos de cultivo, en zonas bajas y en torno a los ríos, y de los que vivían casi toda su población. En Benínar, más abajo, no solo afectó a los cultivos, sino también a sus casas, arrasadas por la riada.

En los años setenta comenzó la construcción de un embalse que se terminaría en 1.983 y que recibió el nombre de Embalse de Benínar, pueblo que quedó sepultado bajo sus aguas. Este embalse regula las crecidas del Río Grande de Adra, es el segundo más grande de la provincia de Almería y abastece de agua a Adra y el poniente almeriense.

Para construir el embalse se expropiaron todas las casas y tierras de Lucainena, Darrical y Benínar. A sus habitantes les ofrecieron casa y tierras en Santa María del Águila, cerca del Ejido. No todos aceptaron. Parte de los vecinos siguieron viviendo en sus casas, a pesar de que ya no eran de su propiedad, con lo que estas poblaciones nunca llegaron a estar totalmente deshabitadas.

Pasaron los años y la Confederación Hidrográfica, propietaria por entonces de pueblos y tierras, se las cedió al ayuntamiento de Alcolea, de la que son pedanías. El ayuntamiento firmó un acuerdo con los vecinos, antiguos propietarios, tanto los que marcharon como los que permanecieron allí, por el

que pueden seguir con sus casas a cambio de un simbólico alquiler y a condición de mantenerlas “en pie”, ósea, “habitables”; de no hacerlo pierden todos sus derechos.

Comentando como es la vida en estas poblaciones carentes de todo tipo de servicios, Mati afirma que “se las apañan”. “El pan viene dos veces en semana. Los huevos, pollos, conejos y muchas hortalizas y verduras se las compro a mi vecina. Y para lo demás que pueda necesitar bajo al Mercadona, en Berja, a una media hora en coche, una vez a la semana o cada dos semanas”. Los más mayores suelen hacer “encargos” a los que bajan a comprar.

A propósito de todo esto, Mati arremete contra el ayuntamiento y su alcalde, a los que critica duramente, y dice que “los ignora por completo”. ¿Qué se puede esperar de un político de Izquierda Unida que por mantenerse en el sillón no duda en pasarse al Partido Popular?

Y como muestra un botón. Los contenedores de basura los colocaron en la parte alta del pueblo, con el inconveniente de que los que viven más abajo tienen que subir las empinadas calles para depositarla; algunos ancianos se ven en la necesidad de pedir a sus vecinos que se las lleven. Pidieron al ayuntamiento colocasen otros más abajo, cosa poco costosa y que no supone ningún problema para su recogida, ya que el camión ha de pasar forzosamente por allí. ¡El silencio por

respuesta, ni siquiera se dignaron dar alguna explicación o contestación!

A la hora de la cena se nos unió Fernando, el otro inquilino estable de la casa. Fernando, vive en Huétor, pero como está trabajando en la presa de Benínar, se queda a dormir en Darrical durante la semana, volviendo los fines de semana a su casa.

Fernando, de unos cincuenta y tantos años, aunque por su aspecto parece mayor, ha trabajado, desde muy joven, en todo tipo de obras y por toda la geografía española, sobre todo relacionadas con el agua, pantanos, depuradoras, desaladoras y trasvases además de otros grandes proyectos, como el “Hotel Algarrobico”.

Terminada su frugal cena, un plátano y dos yogures, no aceptó nada de lo que le ofrecimos; hace años que no toma nada más por la noche. Eso sí, permaneció con nosotros, uniéndose con gusto a nuestra charla, que se prolongaría en una larga sobremesa.

Por ahora estaba trabajando en unas obras de “emergencia”, en la presa de Benínar, cuyo fin es prevenir futuras crecidas y que, según su experiencia, no servirían para nada, “se están gastando miles de euros diarios en una obra inútil”. “El problema no es la presa, sino la cuenca y los causes, que no se limpian y están llenos de vegetación y de cañas”. De ello damos nosotros fe. Si llega una crecida, se arrastran gran cantidad de cañas que producen “tapones” en cualquier

estrechamiento o puente, produciendo los temidos desbordamientos. “La mayoría de las inundaciones se podrían evitar con una buena gestión de los causes, pero eso necesita que la administración invierta en ello, lo que no hace”. Cuando invierten, casi siempre “malgastan el dinero” en actuaciones aisladas, de dudosa eficacia, solo “para hacerse la foto” y de paso “engrosar algunos bolsillos”.

Especialmente crítico fue con Medio Ambiente que pone multitud de trabas a cualquier actuación, lo que en la práctica hace que no se pueda intervenir en ningún río. “Antes se cortaban las cañas, los mismos campesinos lo hacían, y ahora si lo haces te buscas un problema”.

No faltaron las críticas a los políticos, que van a su “avío”, los jóvenes que “pasan de todo” y a los que espera un futuro cada vez más negro. Todos somos cómplices porque aunque veamos lo mal que va todo “no nos movemos ni decimos nada”. “Es más cómodo callar a no ser que algo te afecte muy directamente”.

Todo este discurso lo ejemplificó con el relato de hechos y situaciones que, durante años, fue conociendo en sus trabajos. Cito algunos ejemplos. Del Pantano de Rules, construido hace treinta años en el Guadalfeo, que debía llevar agua a Motril y la costa granadina, no se ha aprovechado “ni una sola gota” porque en el proyecto no se contemplaron las conducciones. Es ahora, con la grave sequía que

tenemos, que la administración se ha planteado el hacerlas.

San José contaba con una depuradora de aguas residuales que funcionaba bien, pero que llegó a ser insuficiente por el aumento de población, especialmente en épocas veraniegas. Se decidió construir otra más grande. El proyecto se fue retrasando innumerables veces por no encontrar la ubicación idónea. Todos los lugares propuestos fueron rechazados por Medio Ambiente en aras de proteger la fauna y flora del entorno.

Hasta que alguien tuvo la feliz idea de construirla en el mismo lugar que la antigua, lo que sí contó con la autorización medioambiental. Pero había un problema, ¿qué hacer con los lodos de decantación acumulados durante años? Como no era posible trasladar esos restos contaminantes a otro lugar, se perforaron profundos pozos en los que los vertieron. Consecuencia: ¡se han contaminado todas las aguas subterráneas de la zona!

Otro ejemplo. El Gobierno Vasco, con fondos europeos y, para paliar el paro en la zona rural de Álava, proyectó construir invernaderos en los que cederían parcelas a los parados, que podrían contar con un medio de vida. Después de meses de trabajo y una millonaria inversión, en la preparación de las tierras y construcción de todas las instalaciones, todo estaba listo. Hasta se había firmado un contrato de suministro con Carrefour, por el que compraría toda la producción y se encargaría de su

distribución, con lo que la venta de hortalizas y frutas quedaba asegurada. El problema fue que “no había candidatos para ocupar las parcelas”. Los jóvenes parados “preferían seguir cobrando el paro y pasarse el día con la litrona y fumando porros”. Los ayuntamientos afectados, ante la imposibilidad de cumplir los contratos firmados, trajeron agricultores de Marruecos, que pusieron en marcha los invernaderos.

En estos y otros temas, no menos controvertidos y, que conocía bien por haber trabajado en ellos, como el del Hotel Algarrobico o la desaladora de Carboneras, transcurrió el tiempo.

Una interesante velada, aunque con un fondo de desilusión y pesimismo, en el discurso de Fernando, que no comparto. Me siento más cercano y empático a Chris Stewart, no menos consciente de la realidad que vivimos, llena de sombras e incertidumbres, y que, a pesar de ello, no ha perdido ni un ápice sus ganas de vivir, ni su innato optimismo.



Al día siguiente, miércoles 8 de noviembre, salimos de Darrical por la carretera en dirección a Cherín. Seis kilómetros y medio de suave ascenso y casi sin tráfico; un descanso para nuestras piernas, tras la dura jornada anterior. Un agradable paseo con buenas vistas de las ramblas del río Ugíjar y río Cherín, abajo, y de la falda de Sierra Nevada y sus pueblos, Ugíjar, Cherín, Válor y Laroles, al frente. Hacia la mitad de este trayecto cruzamos por Lucainena, aldea de casas blancas, calles cuidadas y limpias y una coqueta plaza-mirador. Un agradable sitio, en el que no encontramos a nadie, que parecía haber estado de fiesta; calles y plazas estaban adornadas con banderines. En una pared, a varios metros de altura, había colgadas bicicletas antiguas pintadas de diversos colores y dispuestas como si de una carrera se tratase.

Dejamos la carretera en el cruce con la de Almería, a unos 30km de allí. Cruzamos el río Alcolea por el puente de la antigua nacional, ya en desuso. En su centro unos curiosos mojones indicando, a un lado Almería y al otro Granada; medio puente está en una provincia y el otro medio en la otra.

El camino continuó paralelo al río, separándose de él y bajando después a una rambla. Tras un tramo por la rambla, un camino en fuerte ascenso nos llevó hasta un collado desde el que se divisaba el río y, enfrente en la loma, el blanco caserío de Alcolea entre bancales de olivos centenarios.

Tras bajar hasta el río, con huertos e invernaderos en su vega, y remontar la ladera, entre cultivos de olivos, almendros, naranjos y granados, llegamos al pueblo.

Al entrar preguntamos a un empleado municipal, que regaba los jardines de una pequeña plaza junto a la iglesia, si había algún bar o supermercado. Nos explicó que había un restaurante a la salida de la población, un bar en el centro, con buenas tapas y cerca un “Corvirán”.

Paramos en el bar, que efectivamente acompañó las cervezas de muy buenas tapas, compramos en el Corvirán y nos sentamos a almorzar en unos bancos junto al mercado.

Pese a ser la una de la tarde, estaba cerrado. Preguntamos y nos explicaron que el mercado solo abría unas horas por la mañana y en días alternos, martes, jueves y sábado.

El camino de Alcolea a Laujar de Andarax iba paralelo a la carretera hasta cruzarla a unos tres kilómetros de la población, donde continuaba por un agradable camino rural asfaltado y sin tráfico, que nos condujo hasta Laujar entre viñedos y fincas de olivos y almendros.

A la entrada, el “Centro de Visitantes de la Alpujarra”. Lo encontramos cerrado; solo abre de jueves a domingo desde las 10:00 a las 14:00 horas. Un poco más adelante un bar en el que paramos a tomar una cerveza. El dueño nos comentó que lo encontramos abierto de pura casualidad, a esa hora, eran las cinco de la tarde, normalmente estaba cerrado. Nos informó de que si pretendíamos buscar algún sitio para cenar, solo encontraríamos abierto el “Mesón”, a unos dos kilómetros del pueblo.

Llegamos a los Apartamentos El-Hizan”, nuestro alojamiento, regentados por un amable marroquí, que en la planta baja tenía una tienda gourmet con vinos y otros productos de la zona, artículos de recuerdo y variados artículos de regalo. Contaba también con una barra y varias mesas donde poder tomar algo.

Nos acompañó al apartamento, en la primera planta y muy grande. Un gran salón, cocina totalmente equipada, hasta con horno, cuarto de lavadora, con detergente, tendedero y plancha, tres dormitorios dobles y dos cuartos de baño.

Todo muy limpio y nuevo. Parecía estuviésemos estrenándolo; hacía poco que había abierto.

Nos duchamos y salimos a recorrer el pueblo, con bastante más vida que los vistos hasta ahora. Aquí había comercios, bares, supermercados, panaderías y confiterías. ¡Pero no encontramos ni un solo restaurante abierto, a pesar de haber varios! Solo abrían en horario de almuerzo, por el mediodía. Por la noche, ¡todos cerrados!

No nos quedó otra que coger carretera adelante hasta el “Mesón”, alumbrándonos con la linterna de nuestros móviles. Por suerte pasaban pocos coches y cuando se acercaba alguno, avisábamos nuestra presencia moviendo los móviles encendidos. Alguno creyendo que lo estábamos saludando respondió al “saludo”.

El paseo valió la pena, cenamos muy bien.

El Mesón, al poco de estar allí, se fue llenando, hasta no quedar mesas disponibles, y eso que disponía de un enorme salón. Se ve que al ser el único abierto, acudían a él vecinos de Laujar y pueblos cercanos.

El jueves 9 de noviembre partimos hacia Benecid por un camino, en la margen izquierda del río Andarax, con vistas a su vega y a Fondón, situado en su valle.

En el camino una insólita escena, dos hombres arando un campo con mulas.



En Benecid, pequeña aldea, descubrimos que no solo el panadero recorre los pueblecitos, también lo hace el vendedor de la ONCE, que entró pitando, para anunciar su presencia; varias mujeres salieron a comprar o cambiar su “cupón”.

Una sorpresa nos aguardaba más adelante y es que el sendero, a pesar de seguir siendo visibles marcas del GR, comenzó a estar cada vez más intransitable por la vegetación, hasta resultar casi imposible seguirlo, justo en una fuerte bajada junto a una acequia. Abajo, bien visible, un camino y unas casas. ¿Qué hacer, volver atrás y buscar una alternativa? ¿O seguir hasta alcanzar el camino de abajo?

Continuamos con enormes dificultades. La única guía era la acequia, que por la derecha tenía una pared que caía casi vertical y por la izquierda un terreno aterrazado con abundante vegetación, retamas, cañas, zarzas y otros matorrales, además de una tupida y espesa hierba, a la altura de nuestras rodillas, que impedía ver donde pisabas. Tal era la profusión de vegetación que la de unas

terrazas se mezclaba con la de las superiores, ocultando los desniveles.

La única forma de bajar, medianamente segura, era pisar por el lado izquierdo de la acequia sin separarse ni un centímetro de ella. El riesgo era meter el pie en un agujero, como me pasó a mí, mojarle las botas al pisar dentro de la acequia, como le pasó a Pepe, o pisar en falso cayendo a la terraza inferior como sucedió a Indi, quién quedó “colgado” de su mochila, enganchada en los matorrales entre una terraza y otra, sin poder subir ni bajar, hasta que Miguel tiró de él hacia arriba.

La bajada resultó complicadísima. La acequia ni siquiera resultaba visible en algunos tramos, con lo que la seguíamos “de oídas”.

Fue un gran alivio cuando alcanzamos el camino, que ahora sí, subía, sin dificultades, por una zona donde antaño se explotaron numerosas minas. A su derecha impresionantes vistas del valle del río Andarax y de la Sierra de Gádor.

Llegamos a Almócita, pueblo que nos agradó mucho, bien conservado, cuidado y de coquetos rincones. Muchas de sus paredes lucían bonitos murales y poemas de Machado, Lorca y otros poetas.

A la entrada preguntamos a una mujer, que barría su puerta, si había algún bar. “Sí, en la plaza junto a la iglesia” “Pero si pensáis ir, no os tardéis mucho, hoy es día de consulta y la muchacha que lo atiende tiene cita con el médico” “Cierra a las doce”

Llegamos quince minutos antes de que cerrara. Pedimos unas cervezas. El bar estaba decorado con carteles de la “Fiesta de los Candiles” de diversos años. El día en cuestión se ilumina todo el pueblo solo con candiles y hay actuaciones de grupos musicales durante toda la velada.

Por el pueblo vimos también algunos otros carteles de diversas actividades: encuentro de poesía, talleres de pintura o manualidades y actuaciones musicales. Parece que esta población tiene una viva actividad cultural.

Salimos con nuestras cervezas a la puerta del bar, a la plaza, y yo me aparté para llamar por teléfono. Desde la distancia vi como el alcalde, la secretaria del ayuntamiento y un concejal, se paraban a hablar con Miguel, Pepe e Indi. No oí lo que hablaron, solo escuché, al terminar la llamada y acercarme, su despedida: “Nos gusta que os gusten nuestros pueblos” “Que sigáis disfrutando de vuestra ruta”. Y una reflexión mía a propósito de esta frase del alcalde. Las personas que encontramos en nuestro camino son personas orgullosas de su tierra y sus pueblos, personas a las que les gusta vivir aquí. Por eso no ven nada extraño en que, mochila al hombro, a alguien se le ocurra recorrer a pie toda la alpujarra, sus pueblos y paisajes. Que vengas a conocerlos. Sienten que no lo harías si no es porque valoras y aprecias lo que ellos tanto aman. De ahí la cercanía y empatía con la que nos tratan. Algo, que he de decir, es recíproco.

De Almócita, entre cultivos, muchos de viñas, en dos kilómetros llegamos a Padules. Este tramo lo hicimos de prisa pues nos habían dicho que la panadería de Padules cerraba a la una. Solo paramos unos minutos con un hombre que llevaba un perro y una burra, con la que Indi se hizo una foto.

Llegamos a tiempo de comprar pan y unas cervezas frías, en un pequeño supermercado. Nos sentamos en unos bancos, junto a la Iglesia y el Ayuntamiento, a almorzar con el pan recién comprado, las cervezas y el embutido que nos quedaba.

Cinco kilómetros, que recorrimos sin contratiempos, separaban Padules de Canjáyar.

En Canjáyar, en el único bar del pueblo, coincidimos con un agente de Medio Ambiente con el que estuvimos charlando. Al contarle la opinión de Fernando sobre el tema de las cañas, nos aseguró que no era así, que ellos no se metían en el tema. Es más, que les decían a los agricultores que “si iban a cortar cañas, pidieran el permiso pero que las cortasen sin esperar la respuesta”. El problema, según él, era la falta de presupuestos para la adecuación de los cauces; igual que ocurre con los senderos, a los no se les hace mantenimiento alguno, “no hay dinero destinado a ellos” y, solo se conservan allí donde tienen uso. Son los agricultores y vecinos los que cuidan aquellos tramos que usan. El resto están condenados a

desaparecer por la erosión y la vegetación, que llega a ocultarlos. ¡Bien podemos dar fe de ello nosotros! Preguntado por unos montes que veíamos, nos aclaró que son los ríos los que delimitan las diferentes sierras. Así, en Granada, el río Guadalfeo separa al norte Sierra Nevada y la alpujarra en sus laderas, de la Contraviesa al sur, entre el río y la costa. En Almería, el río Andarax tiene al norte Sierra Nevada y la alpujarra y por el sur la Sierra de Gádor. El río Nacimiento delimita por el noroeste Sierra Nevada de la Sierra de los Filabres y hacia el sur, cuando se dirige hacia el mar, la Sierra de Gádor de Sierra Alhamilla.

Siguiendo nuestro camino, en una pared de una calle de Canjáyar una curiosa pintura o “altar” dedicada a San Arnulfo, “patrón de los cerveceros”, cuya celebración es el dieciocho de julio.



Salimos de la población bajando hacia el río Ohanes, que remontamos durante un rato. Arriba el pueblo, sin que viéramos la subida del sendero, que tenía que salvar un enorme desnivel, unos 300 metros en un corto tramo de unos dos kilómetros. Para subir se aprovechaba una barranquera, producida por el agua en la pared casi vertical. Encontramos algunos pasos complicados y expuestos, en los que cualquier tormenta podría acabar por “cortar” definitivamente el sendero, haciendo imposible la subida por allí.



Salvado el desnivel, un camino coincidente con una vereda pecuaria nos condujo hasta Ohanes.

Buscamos la calle Iglesia, donde estaba nuestro alojamiento “Myohanesroadtrip”, en el número 6, o eso pensaba, y es que el papel donde tenía

anotada la dirección, al estar doblado dejaba un “6” junto al nombre de la calle, sin que yo advirtiese que el “6” era la primera cifra del número de teléfono. Preguntamos a una pareja por la calle, estábamos justo a su entrada, y por algún restaurante donde

poder cenar. La mujer, que parecía tener alguna deficiencia, nos dijo que el único bar abierto era el de su hermana, en la parte más alta del pueblo. Nos avisó que “si vais a ir no os tardéis porque puede que lo encontréis cerrado”. Preguntamos para informarnos mejor. “¿A qué hora cierra?” “Depende, cuando se cansa cierra y ¡ya está!” “¿Y tiene para poder cenar allí?” “Si lo pilláis abierto y le caéis bien, os dará de cenar. O no, según le dé” Así pues, ¡a buscar el alojamiento y tirar para el bar!



La calle Iglesia solo tenía números impares. La otra acera era la pared de la parroquia. ¿Dónde estaban los números pares?

En la puerta de un caserón con un jardincito a la entrada y una bandera de España en el balcón, de pie, erguido e hierático, con impecable traje oscuro,

corbata y aspecto de mayordomo inglés, inmóvil e inexpresivo, un hombre nos había estado escuchando.

Le preguntamos por el “número 6”. “A ver, 1..., 3..., 5..., 7...” Decía mientras se giraba ligeramente hacia los números, hablando con parsimonia. “¿Aquí solo hay números impares!” “¿Puede que los pares estén al otro lado del templo?”, le preguntamos. “No, eso es otra calle”

¿Qué estaba pasando?, no entendíamos nada.

“¿Qué buscáis”, nos preguntó. “Hemos alquilado unas habitaciones para esta noche” le dije mientras le enseñaba la hoja con el nombre y dirección. “A ver. Myohanesroadtrip. No sé...No me suena...” Y de pronto ¡se encendió la bombilla! “Mi sobrino y yo estamos esperando a cuatro personas que se van a alojar en casa, ¡puede que seáis vosotros!”

Y sí, ¡éramos nosotros! La casa no lucía distintivo alguno y lo del número había sido un error mío, en la dirección solo figuraba el nombre de la calle.

Gerardo el “mayordomo”, o “Martin Freeman”, Igor en la película “El jovencito Frankenstein” (el parecido era sorprendente) nos invitó a pasar. Enseguida llegó Marcos, el sobrino, dueño de la casa, y nos fueron enseñando la casa. Un vestíbulo daba paso a un gran salón con una escalera señorial que se dividía en dos ramales por los que, desde un corredor a todo alrededor del salón, se accedía a las habitaciones y dependencias de la primera planta, en la que hacían vida tío y sobrino. En la planta baja,

un salón comedor con cocina, tres grandes habitaciones con dos literas cada una y un cuarto de baño, era la parte destinada a sus huéspedes.

Mientras nos la mostraban, Indi grabó un vídeo, con el que nos reímos bastante cuando lo pudimos ver después. Insinuaba que por la noche sería bueno atrancar bien la puerta de la habitación no fuese a llegar Gerardo y acabásemos troceados en el puchero. Y es que la señorial casa, su decoración y el aspecto de Gerardo bien podrían ser protagonistas de una película de terror. Una pequeña broma a costa del aspecto de Gerardo y sus modales, que aunque resultase algo "peculiar" se mostraría, en todo momento, amable, servicial y educado.

Dejamos las mochilas y sin pararnos siquiera a ducharnos, subimos hacia el bar, no fuesen a cerrarlo. De camino, en un supermercado próximo, compramos comida para el día siguiente.

Llegamos a la parte más alta, por empinadas cuestas, y en un ensanche de la calle, en varias mesas, estaban sentados como una decena de hombres.

"¿Es este el bar?", preguntamos. "Sí, pero acaba de cerrar", contestaron.

En esto, se levantó, acercándose hacia nosotros, un hombrecillo bajito, regordete, de mejillas sonrosadas y nariz redondita y roja. Por su aspecto jurarías un auténtico "nogmo", si lo encontrases en el bosque.

Nos abordó: “¿De dónde sois?” “De Córdoba” Y comenzó a recitar: “Córdoba, Sevilla, Cádiz, Huelva, Málaga, Granada, Jaén y Almería. ¡Ocho provincias tiene Andalucía!”. Y sin esperar contestación: “¿A qué es así? ¿Verdad?”. Y siguió su interrogatorio: “¿De dónde venís?” “¿Dónde vais a dormir?” “¿A dónde vais?” “¿Pa qué venís aquí?”

En vista de que se nos chafó la idea de cenar en el bar, bajamos al super y compramos unos sobres de sopa y dos pollos asados para cenar en casa.

En el supermercado, que ya sabían todas nuestras andanzas, nos comentaron que el hombrecillo era algo “simple pero inofensivo”, y Gerardo un poco “raro”, aunque “buena persona y muy educado”; varias veces al día salía a pasear por el pueblo con su perrita Lola y debía tener un gran fondo de armario, pues tenía por costumbre cambiarse de ropa cada vez que salía y vestía siempre elegante. Y sobre nosotros un comentario ya conocido: “pues buenas piernas debéis tener para hacer lo que hacéis”.

Nos duchamos y nos dispusimos a cenar cuando nos dimos cuenta de que en la cocina había de todo, ¡menos un fuego donde cocinar!

Llamamos a Gerardo que ya varias veces había bajado a ofrecerse para ayudarnos en cualquier cosa que necesitásemos, y de paso volver a enseñarnos un arcón repleto de juegos de mesa, por si “queríamos entretenernos”; sospechamos

que estaba deseando que lo hiciésemos, para unirse a la partida.

Gerardo se ofreció a prepararnos la sopa. “¿Cómo se hace?” Se lo explicamos y se subió, a la espera de que le avisásemos para calentarla.

Preparamos la mesa, calentamos al microondas los pollos y llamamos a Gerardo. Bajó con la sopera humeante y un salvamanteles de bronce, la colocó en la mesa y con exquisitos modos de mayordomo se dispuso a servirnosla. Le dimos las gracias, nos servimos nosotros y nos pusimos a cenar.

Al terminar bajaron Marcos y su tío a ver si todo iba bien. Concretamos la hora del desayuno, incluido en el alojamiento, y se sumaron, con gran deleite de Gerardo, a la sobremesa.

Marcos comentó que había pensado que éramos militares, porque para hacer la ruta que estábamos haciendo hay que tener “buenas piernas” y forma física. Él era legionario y al haber ascendido de grado, estaba esperando su nuevo destino.

Él y su tío eran melillenses. Estaba divorciado y tenía dos hijos, que vivían con su expareja en Almería, y que pasaban con él los fines de semana en Ohanes. Su relación, nos confesó, se había ido deteriorando por los continuos traslados a los que su vida en el ejercito le había obligado.

Al enterarse que Indi sí era militar, ellos dos y Miguel, bastante versado en el tema, debatieron durante un rato sobre la vida militar, sus exigencias y condicionantes.

La velada se fue prolongando y Marcos nos contó que le gusta la montaña, que sale casi a diario a hacer rutas y que un día al pasar por el pueblo, vio la casa y decidió comprarla. Desde entonces viven los dos aquí. El pueblo le gusta, se pueden hacer multitud de rutas desde él, se vive bien y no queda lejos de Almería, donde viven sus hijos. Para tener una ayuda económica, no hace mucho, acondicionó las habitaciones bajas para alquilar; nosotros éramos los terceros en dormir allí.

Miguel, que le interesa el tema, le preguntó por las variedades de uva que se cultivaban en el pueblo. Marcos no sabía, pero nos contó que hace tiempo Ohanes era famoso por sus viñedos y que, auspiciado por la Comunidad Europea, ofrecieron importantes sumas a los agricultores que arrancasen sus viñas. Muchos aceptaron, con lo que se perdió el sustento de muchas familias que vivían de su cultivo y supuso la decadencia de la población. Ahora queda poca vid, aunque se sigue haciendo vino.

Un vino “muy fuerte”, nos advirtió Marcos, que para que lo probásemos trajo una garrafa de cinco litros de las de agua, llena de vino a granel. Nos pareció un buen vino, algo recio, pero no tanto como nos anunció.

Terminamos tomando un chupito del vermut casero que Miguel compra a un amigo suyo, que lo elabora de forma artesanal, en su pequeña bodega.

El viernes 10 de noviembre nos levantamos muy temprano y a las seis y veinte ya estábamos desayunando. Nos esperaba una jornada larga, las etapas siete y ocho, que decidimos hacer en un solo día, para poder dormir en Fiñana y tomar el tren de vuelta a la mañana siguiente.

Gerardo y Marcos, ¿a qué hora se habrían levantado?, nos habían dejado preparado un magnífico desayuno: pan de pueblo para las rebanadas, aceite, mantequilla, paté, embutido, fruta, galletas y magdalenas...

Al salir, bajaron a despedirse. Les prometimos visitarlos si volvíamos por la zona.

Nos aguardaba una larga subida, de unos once kilómetros, hasta un collado próximo a la Polarda. Tardamos menos de lo previsto, ya que una pista cómoda y bien trazada lo permitió. Además, hicimos varios “recortes” campo a través obviando algunas curvas muy pronunciadas, lo que redujo el recorrido unos tres kilómetros.

Eso sí, un fortísimo viento nos acompañó durante el recorrido, al igual que el primer día. Todos los demás habíamos disfrutado de un tiempo magnífico.

Al bajar por la vertiente norte de Sierra Nevada, la pista entre pinares dio paso a un bonito sendero entre rocas y matorrales que nos llevó hasta Abrucena.



¡Era la una del mediodía! Hora perfecta para almorzar en un restaurante, que aquí sí estaba abierto! Lo pensamos mejor y decidimos dar un paseo para conocer el pueblo y buscar un rincón, lo encontramos en unos bancos de una plaza aledaña a la iglesia, donde comer con lo que llevábamos nosotros; creímos que la hora de almorzar nos llegaría en pleno monte. Se estaba bien en la plaza, si no fuese por el frío que se levantó y que nos obligó a ponernos todas las prendas de abrigo, hasta a mí, que llevaba toda la semana en manga corta.

Siete kilómetros de caminos rurales, entre fincas generalmente de olivos y cercadas con paredes de piedra, nos llevaron hasta Fiñana. Final del GR142 y de nuestra ruta.

Fuimos directamente al pueblo. El alojamiento estaba a dos kilómetros y de haber llegado era bastante probable que ya no nos moviésemos de allí. No era cuestión no llegar a Fiñana, ¡la última población y donde terminaba el GR!

Visitamos Fiñana, tomamos una cerveza en un bar céntrico y dimos la vuelta hasta nuestro alojamiento el “Hostal-Restaurante Xiquena”, en un área de servicio de la antigua carretera nacional Almería-Granada.

En el pueblo no habíamos encontrado alojamiento pero, durante las indagaciones, una mujer pasó a Indi el teléfono particular de “la rumana”, que con su hijo, que se ocupaba de la barra y servir las mesas, llevaban el hostel y restaurante.

La rumana, una de las primeras inmigrantes en llegar a la zona, se había integrado muy bien. Su hijo Javier, de unos treinta años, había nacido aquí. Trabajadora incansable, ella y su hijo sacaban adelante el hostel, el restaurante y otro local que tenían en el pueblo, además de un terreno de olivar. La rumana resultó ser muy buena cocinera, como lo atestiguan los callos con un toque picante que probamos como tapa de las cervezas y la excelente comida que nos sirvió para cenar. Yo pedí codillo, que a decir de Miguel era el mejor que había probado nunca y eso que en sus frecuentes viajes a Alemania, donde es un plato estrella, suele pedirlo a menudo.

Una cena digna para celebrar el fin de nuestra ruta y despedirnos.

Por la mañana nos recogió a Indi y a mí, a las 6:45 horas, el taxista de Fiñana, del que Javier nos había pasado el teléfono. Nos llevó a la estación, distante cuatro kilómetros y medio del hostel, donde subimos a un tren que nos dejó en Granada. En tranvía nos trasladamos a la Estación de Autobuses, con tiempo de desayunar un bocadillo de tortilla y subir al bus que nos dejaría en Córdoba a la una del mediodía.

Pepe y Miguel se levantarían más tarde para, después de desayunar churros con chocolate en el hostel, irse en el taxi de Laujar que habían reservado con antelación, hasta Laujar de Andarax, donde Miguel dejó días atrás su coche. Sus intenciones eran comerse un arroz con conejo en la “Fiesta del conejo” de Parauta, lo que no pudo ser por la aglomeración de coches, autobuses y gente que encontraron; no pudieron ni tan siquiera entrar al pueblo. En vista de ello almorzaron en otro lugar y fueron a encontrarse con José Bellido y Rosa, que ese fin de semana llevaban una ruta del club “Llega como puedas” en el valle del Genal. Se unieron al grupo por la tarde, para cenar con ellos y hacer el domingo por la mañana la ruta prevista.

¡Se terminó la ruta! Toda una aventura recorriendo todas las alpujarras, de Granada y Almería, desde Lanjarón hasta Fiñana.

Recopilamos los datos recogidos: ¡Ciento ochenta y cuatro kilómetros de caminos y senderos, ocho mil seiscientos cuarenta y nueve metros de subida acumulados, siete mil seiscientos treinta y uno de descenso y veinticuatro localidades visitadas, en una semana!

Sin ninguna duda la experiencia había merecido la pena, había colmado con creces nuestras expectativas. Toda una amalgama de paisajes, pueblos, gentes y experiencias, dignas de recordar. Por eso escribo esta crónica, para mantener el recuerdo, evitar que caiga en olvido todo lo vivido estos días.

Parafraseando a Chris Stewart, podría decir “en toda la semana y a pesar de las dificultades de algunos momentos, no me he arrepentido ni un solo instante de haber hecho la ruta”.



